UNA COMUNIDAD DE LECTORES Y ESCRITORES II

Antología literaria

Gabriela Nesossi y Renata Bacalini
Coordinadoras

Instituto de Educación Superior N.° 28
Olga Cossettini

Una comunidad de lectores y escritores II

Antología literaria

Gabriela Nesossi y Renata Bacalini

Coordinadoras

Instituto de Educación Superior N.º 28

Bacalini, Renata
Una comunidad de lectores y escritores II : antología literaria / Renata Bacalini ; Gabriela Nesossi. - 1a ed. - Santa Fe : Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe. Instituto de Educación Superior N° 28 Olga Cossettini, 2025.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8909-80-6

1. Antología Literaria. I. Nesossi, Gabriela II. Título
CDD A860

Una comunidad de lectores y escritores II. Antología literaria
Primera edición

ISBN: 978-987-8909-80-6

Instituto de Enseñanza Superior N.° 28 Olga Cossettini - 2025
Sarmiento 2902 - Rosario, Santa Fe, Argentina.
Tel: (+54) 0341 4728676
https://iesoc.edu.ar/

ISBN 978-987-8909-80-6
9 789878 909806

INSTITUTO DE ENSEÑANZA SUPERIOR N.° 28 - OLGA COSSETTINI

AUTORIDADES

RECTORA

Trad. Bárbara Nale

VICERRECTORES

Prof. Pamela Dahlquist

Prof. Marcelo Montanari

REGENTE

Prof. Lic. Florencia Viale

SECRETARIA

Anabella Canalis

CONSEJO DIRECTIVO

Consejeros y Consejeras Docentes

Edita Saluzzo

Diego Zanarini

Gabriela Nogues

Mariana Cahue

Marcelo Coccino

Damian Stilling

Anabela Canalis

Julia Cerutti

Consejeros y Consejeras Estudiantes

Fernández, Mailén

Columbich, Adolfo

Tironi Kordsec, León

De Paula, Sabrina

Lanzotti, Sabrina

Frontini, Paula

Consejeros y Consejeras Graduados

Gnesetti, Mariana

Pérez, Macarena

JEFES Y JEFAS DE DEPARTAMENTOS DE GRADO

Departamento de Ciencias de la Educación: Prof. Andrea Pascualón

Departamento de Física: Prof. Gustavo Di Lorenzo

Departamento de Francés: Prof. Natalia Massei

Departamento de Historia: Prof. Antonio Oliva

Departamento de Inglés: Prof. Edita Saluzzo

Departamento de Lengua y Literatura: Prof. Gabriela Nesossi

Departamento de Matemática: Prof. Mariana Cahué

Departamento de Traductorado: Prof. Andrea Masset

JEFAS Y JEFES DE DEPARTAMENTOS TRANSVERSALES Y VERTICALES

Campo de la Formación General: Prof. Julia Ceruti

Capacitación Pedagógica para Graduados no Docentes: Prof. Camila Carlachiani

Capacitación, Perfeccionamiento y Posgrado: Prof. María Laura Moneta Carignano

Extensión: Prof. Magdalena Cárcamo

Investigación y Publicaciones: Prof. Renata Bacalini

Trayecto de la Práctica: Prof. Julia Osella

ÍNDICE

Prólogo
La casa de los mil lamentos / Agostina Alonso 2
Encontrarnos / Sofía Cavalanti 5
Antes eran naranjas / Felipe Comas 6
Fuego y ceniza / Ana Dragone 8
A María Remedios del Valle / Mérida Doussou Sekel 13
Mí señor desconocido / Fernanda Noelí Fernández 15
Cuento para dos de Daiana Gatti 17
- / María Noel Legaspi 21
- / María Noel Legaspi 22

Sangra de la nada / Marianela Luna 23
Parálisis / Marianela Luna 27
Mentiras / Camila Mangiameli 29
Mi corazón / Camila Mangiameli 30
- / Gabriela Nesossi 31

Juntar(se) / Ariela Rita Nicoli 37
Limbo desagradable / Ariela Rita Nicoli 38
Domingo / Ariela Rita Nicoli 39
Relato de una mujer embarazada / Federico Oña 40
Aceituna negra / Federico Oña 41
Las espinas de la rosa / Anahí Jael Quinteros 45
Una sutileza / Ricardo Enzo Scheffer 47
Los versos que no te di / Franco Ezequiel Silva 48
¡Sacá la mano, Alicia! / Daiana Suita 49
- / Franco Martín Zeballos 51

Hikikomori / Jorge Claudio De Zorzi Melo 52
Lost / Jorge Claudio De Zorzi Melo 53
Texto sin contexto /producción colectiva 54

Presentación

Con esta nueva publicación, se da continuidad al proyecto Lectura y escritura en comunidad: hacia la formación de una comunidad de lectores y escritores (2023), que fue seleccionado en la convocatoria nacional de proyectos de intervención educativa *Formando docentes, ampliando la participación estudiantil* del INFoD y tuvo como objetivo que los diversos agentes de una institución del IES N.° 28 Olga Cossettini constituyeran una red para la circulación de sus producciones escritas y de reflexión sobre su actividad lectora.

En la publicación, se presentan las producciones de los y las estudiantes y docentes que presentaron sus textos para el II Festival de Música y Literatura que se llevó a cabo el IES N.° 28 el 18 de octubre de 2024, en el contexto del cierre de la II Jornada de Diversidad Cultural y Lingüística: Educación y Bibliodiversidad.

Esta propuesta fue posible por el trabajo coordinado entre el Departamento de Lengua y Literatura y El Departamento de Investigación y Publicaciones del Instituto de Enseñanza Superior N.º 28 Olga Cosettini que despliega sus funciones en torno al estímulo y acompañamiento de las investigaciones institucionales y la publicación de lo producido en el IES.

La casa de los mil lamentos

Agostina Alonso

Hace muchos años, luego de la Segunda Guerra Mundial, de que Europa quedara patas para arriba, con destrucción total de sus territorios, con muertes incontables, con lágrimas por aquellos que habían sido golpeados por esta tragedia, un grupo de investigadores que trabajaban tratando de reconstruir la historia después del genocidio se encontraron con el caso particular de una casa a la cual muchos vecinos de la zona apodaban como "La casa de los mil lamentos". Cuenta la historia que esa casa había sido utilizada por los alemanes como centro de tortura para aquellos judíos de élite que no iban a campos de concentración donde trabajaban forzosamente, sino que a cambio de su información, se les concedía la oportunidad de mantener su vida.

Una tarde fría de agosto en Berlín, con una lluvia que azotaba las paredes de la casa con ira, como si fueran látigos chocando contra las espaldas de los prisioneros que años atrás habían sido liberados, nuestros investigadores se dispusieron a inspeccionar esta famosa casa. El equipo de investigadores, conformado por Zara Meyer, alemana; Thomas Smith, australiano y Sofía Simon, francesa, se adentró rápidamente en la investigación.

La casa, de grandes y amplios ventanales, contaba con tres pisos, de ambientes cálidos y modernos. Una decoración a tono con la época y con lo que en general les imponía Hitler a sus subordinados para sus viviendas. Era una casa de familia, tenía todo para serlo. En las paredes de lo que parecía ser un living o sala de estar se encontraban las fotos de los dueños de casa, pero una particularmente llamó la atención de Zara, que tomó de la pared. En aquella fotografía se encontraba la familia unida, un hombre vestido de militar con su cinta nazi, una mujer con un apretado vestido de falda de campana y dos niños pequeños, posando para la foto. Inmediatamente de retirado el cuadro de la pared, todos los demás cuadros empezaron a temblar y a querer salirse de la pared también. Ese fue el primer gran susto que sufrieron estos investigadores en "La casa de los mil lamentos".

Uno a uno los cuadros salieron disparados de la pared, chocando contra muebles, contra el mismo suelo, contra otras paredes, incluso varios de los cientos de cuadros chocaron contra los investigadores, que trataron de

refugiarse del ataque lo antes posible. Minutos después, cuando los cuadros dejaron de volar por los aires, cuando ya ninguna fotografía quedaba sobre la pared, Thomas se levantó y tomó una de las imágenes que se encontraba en el suelo. Se sorprendió al ver que detrás de ella había un nombre y apellido: "Otto Hair". Al levantar la vista y ver a sus compañeras, notó que se encontraban haciendo lo mismo, viendo la parte de atrás de las fotografías.

Cientos de nombres y apellidos aparecieron, miles de historias por contar. Ellos eran los judíos que habían sido torturados, esos eran sus nombres, sus identidades, ya que coincidían con algunos nombres aportados por testigos de la casa. Allí estaban, ellos eran, judíos forzados a hablar que ahora se manifestaban mediante los cuadros y querían que los escucharan.

Durante el recorrido de toda esa tarde, los investigadores sufrieron cosas aterrorizantes, como ventanas que se abrían y cerraban solas, puertas que solo se abrían de adentro para afuera, la cocina que funcionaba sola, pero nada los atemorizó más que los gritos que escucharon de la habitación indicada por lo testigos como de tortura. "Ayuda", "auxilio", "confesaré", "hablaré", se escuchaba entre los susurros que salían de esa habitación. Se escuchaba muy suavemente un llanto de mujer, un llanto particular que se mezclaba con los demás sonidos que se escapaban por las paredes de esa habitación. Sofía tomó coraje y entró a la habitación, siguiendo el llanto de aquella mujer. Este la guió hasta un rincón oscuro de la habitación, donde hacía mucho más frío que en otros sitios de la casa, y se sentó frente al lugar.

Les tomó varios segundos al resto de los investigadores entender lo que estaba pasando. Sofía se había largado a llorar desconsoladamente frente a ese rincón, sin explicación, sin poder parar, sin moverse ni hacer comentario alguno y, cuando Thomas se acercó para ayudarla, esta lo tomó por el cuello y quiso asfixiarlo. Por suerte Zara intervino en la situación y le puso fin. Minutos más tarde, Sofía había vuelto en sí, había parado de llorar y ya se encontraba más tranquila. Ella les explicó que había sentido que alguien entraba en su cuerpo y la dominaba por completo. Sentía que la habían golpeado y violado y no solo una vez, sentía que tenía marcas en las manos y pies de haber sido atada y que, cuando Thomas la tomó, sintió que el agresor volvía para torturarla otra vez y ella no lo iba a volver a permitir.

Luego de presenciar eso, salieron de la habitación, recogieron sus cosas y se fueron de aquella casa. Sin duda alguna, esa casa estaba embrujada, pero más

que embrujada, los tres investigadores concluyeron que estaba habitada por las almas de los judíos que habían sido torturados allí, por sus conciencias que no los dejaban en paz, porque para seguir con vida tuvieron que delatar a alguien más que no contó con la misma suerte que ellos, que seguramente murió a manos de esos mismos hombres. Entonces su nombre estaba bien puesto, "La casa de los mil lamentos", porque sus habitantes aún se arrepentían de haber traicionado a sus compatriotas para conservar su propia vida.

Encontrarnos

Sofía Cavalanti

Años escondida,
amando en silencio.
Pero ya basta de este encierro.
Me ahoga, me deja sin aliento.

Quiero amar a lo grande,
con todo lo que soy,
mis locuras y anhelos.
Con la mente enloquecida
y el corazón sintiendo.

Quiero ser la razón de su existencia
tan profunda y sincera,
ser la calma en la tormenta,
ser el fuego que arda en el corazón
de quien se decide a amar con fuerza.

Quiero ser la persona
que alguien elija
a pesar de mis heridas,
que todavía duelen,
todavía lastiman.

Quiero encontrarme
en tu mirada
y por fin entender
que la vida no es tan mala,
que tan solo vos me faltabas.

Antes eran naranjas

Felipe Comas

Fui en bicicleta hasta la sombra de mi ciudad, la parte más triste y abandónica de ella.

Me topé con algunos esqueletos pelados, sin piel ni carne, empujando carros con sus penas dentro. Silbando trinos, caminando, algunos, en bici también.

Me senté en un banco con el respaldar curvo de maderas flojas y podridas a comer una grisácea que llevaba en mi bolso. Leí en un libro roto que hace mucho las grisáceas eran dulces.

Me miró como con oscuridad, y yo sentado en aquel banco lo miré también, para que analizara mis ojos y descubriera que no éramos distintos. Lo notó, se acercó y me dijo: —Antes eran dulces, y la gente las sacaba de los árboles, sin palancas ni bandas transportadoras.

—Oí algo sobre eso —respondí, mirando el pedal de la bici—. ¿Usted comió alguna vez una grisácea dulce? ¿Cómo eran?

—Antes eran naranjas… La última vez que disfruté de una de ellas fue hace ciento dos años, a mis frescos dieciséis. Era muy noble, hermosa a la vista, redonda, dulce y cítrica. Abrazaba y besaba la lengua con su brillante pulpa. Luego vino el coso ese que lanzó esa cosa al mar y se extinguieron, junto con un millón de hermosas cosas y cosos que la tecnología no pudo replicar.

Imaginaba el aspecto de la "naranja" que me describió el viejo. Era ciencia fantástica para mí, como los dragones, la democracia o las sirenas de los mares. De tanto pensar en eso y aquello, me apagué y brillé al revés.

—Me voy a llorar al río —le dije al viejo esqueleto—. Agradezco la información que me brindaste, fue la pista que precisaba.

. —Lamento mucho tu próximo llanto —me respondió, viendo sus pies—. ¿Cuál es el misterio? —dijo refiriéndose a su pista— Las palabras no son huellas…

—Deduje que conforme pasan los años, el mundo se destiñe, y los culpables somos nosotros por descuidarlo tanto. Lo único que avanza es la tecnología, el

hombre no, el hombre siempre es el mismo...

Me miró con los ojos más muertos que antes, y se fue silbando una canción triste y antigua.

Días después fabriqué mi carro, y puse mi pena dentro para empujarlo hasta que sea un esqueleto viejo.

Fuego y ceniza

Ana Dragone

Su mirada me perforaba de insistencia. Eso me indicaba que quería escuchar una historia más. Pero ya habíamos leído casi todos los libros que allí teníamos. Hasta que aquel tomo forrado en cuero negro, sin título ni autor, fue a parar a las manos de mi pequeño hermano. ¡Este, léelo, no seas malo, dale! Decía la pequeña bestia colgándose de mi cuello. Le repetí mil veces que ese libro no. Amenazaba entonces con llorar, así que decidí leerlo. El relato comienza de la siguiente forma:

«Lo que aconteció en octubre de 1797 es para mí casi imposible de narrar. Todo sucedió tan rápido que me hiela la poca sangre que me queda en mis venas. La maldición que me echó aquel diácono todavía resuena en mis oídos. Gritaba y aullaba como un monstruo. De nada sirvió mitigar su odio hacia mí. Quiso comunicarse con su vástago ilegítimo que había muerto a las pocas semanas de nacer. Fue su único hijo, su esposa no le daba hijos varones. Al encontrarse con la nada, desparramó las vísceras del condenado niño por todos lados. No obtuvo respuesta alguna a sus preguntas.

Después de este terrible acontecimiento, comprendí que mi tarea como nigromante estaba acabada en aquel pueblo lúgubre. Eran tantos los niños que fallecían allí que ya no sabían a quién echarle la culpa. A la semana siguiente y con la luna llena creciendo y ocupando el cielo, más me alejaba de lo que había sido alguna vez mi hogar.

Fueron días duros en la embarcación, con tormentas y mendrugos solo para comer. El agua caía recia y sin piedad del cielo. Nadie se hallaba en la proa, más que el capitán gritando a sus grumetes en miniatura. Los pobres diablos se resbalaban intentando cambiar la orientación de las velas. Hasta que, por fin, al menos unos quince días después, había arribado al extremo sur de América. Los árboles y el aire puro golpearon mis sentidos con fuerza. Me fui a lo más profundo de aquellas tierras. Estas poseían un caudaloso río con múltiples brazos, que se desplazaban como serpientes brillantes por el camino.

Los primeros meses fueron difíciles. El idioma me costaba horrores, y las personas de la comunidad en donde me encontraba eran tan tímidas que salían despavoridas cuando se trataba de conversar o acercarse a mí.

Iba camino a convertirme en un ermitaño para siempre, pero la vi, y ella a mí. Después de meses de reclusión y escasa conversación, alguien fue capaz de sostenerme la mirada. Se hacía llamar Pitia, y cobraba por sus dones curativos y de clarividencia. Tenía ojos rasgados y profundos como el río, y a veces, poseían un brillo animal. A punto de atacar, se le metía a uno por las pupilas como dos dagas diminutas.

Era única en lo que hacía, ella no predecía, descubría. Nada se le escapaba a su mirada oceánica. Cuando iba a limpiar sus energías, se desplazaba por el riachuelo como una ninfa dorada, su piel resplandecía iluminada por las gotas impregnadas en su piel, que caían al son del sol anaranjado. Este, a su vez, se derramaba perezoso por el horizonte, ocultándose como un pájaro temeroso. En ese mismo instante me miró, quedando el paisaje en suspenso, en una calma desesperada, en una gravitación que cuajó en nuestras miradas. Juro por mi vida, pensé allí, que ella me comprenderá, entenderá las rarezas y crudezas de mi oficio.

Tuvimos varios encuentros. Pero de nuevo, solo nuestros ojos se conectaban, nada más. Eran miradas furtivas, a veces a la luz del día, otras en el mercado, a veces en la profunda oscuridad de la pulpería, que era la única que había en la comunidad de aquel pueblo. Todos estaban enterados de sus «trabajos», y un día, justo ese día, en la festividad de la Asunción de la Virgen María, a Pitia se le prohibió volver al pueblo y pisar la casa de Armildo Sánchez, gobernador del pueblo. La razón se desconocía, pero muchos decían que era por un trabajo que salió mal.

Sin embargo, Pitia ese mismo día se plantó en el umbral de la casa del gobernador, lo que resultó en una penosa escena. El mismísimo Sánchez la echó a patadas a la calle y la maldijo, tal como lo hicieron conmigo. Pasaron los días y no se la veía por ningún lugar. Se había marchado o la mataron, decían las malas lenguas.

Ante su ausencia, me hundía en mi miseria, lacerando libros y frascos en mi ruinosa casa. Mi oficio no prosperaba, y tan solo me limitaba a hacer lecturas menores como la quiromancia. Un día un cliente se fue enojado, furioso por su

terrible destino: su mujer lo abandonaría por otro hombre. Se levantó y huyó sin pagar. Fue la gota que colmó mi paciencia. El pensamiento de escapar zumbaba en mi mente una y otra vez. Dentro de mi cabeza había un fuego que no se podía extinguir, que me movía a los bordes. Me iría otra vez.

Caminé hasta dar con un pequeño bosque, la parte más aledaña, cercana al río. Algo me arrastraba a este abismo. Así como el sol atrae a la tierra, a mí me atraía la sed de escape. El resto del camino fue largo, por lo que tuve que conseguir un caballo, que pobre de él, estaba puro huesos, igual que yo. Durante las noches, tenía que meter cualquier bicho que se cruzara a la olla. Los días, en cambio, se arrastraban lentos como un caracol insomne, pero por la noche, mis ojos recorrían los astros que brillaban más que nunca en la ribera, siendo ellos mis principales guías.

Las horas corrieron junto a mí, y más tarde, descubrí una pequeña comunidad indígena ubicada en la punta de los humedales. La chamana, que fue la única en recibirme, entre sus calaveras y pieles disecadas, decidió integrarme, ya que no me vio como una amenaza. El rito de integración se realizaba en el anochecer, cuando la luna se sepultaba entre la estepa y el agua marrón. Cuando llegó el momento, la chamana pintó mi frente con sangre de jacana con sus dedos reumáticos, y luego me ofrecieron licor. Tragué con los ojos cerrados, y cuando los abrí, allí estaba ella, enterrada entre la multitud. Sus ojos rasgados brillaban y me observaban expectantes. Con movimientos casi felinos se fue acercando, y conversamos largo rato. «El gobernador me echó porque no le gustó saber que yo soy su hija bastarda», soltó al final. Luego me miró buscando una respuesta, como si se tratara de un acertijo para resolver las expresiones de mi cara. Aunque a veces podía serlo, no pude evitar un gesto de sorpresa en mi rostro. «Curo enfermos y leo el futuro de las personas en sus miradas. En los ojos de aquel hombre me vi de pequeña, y en los tuyos…». La frase quedó suspendida en el aire por las danzas que comenzaron de golpe a nuestro alrededor, que nos iban cercando poco a poco hasta quedar piel con piel.

Pronto todo se derramó como brasas encendidas, dirigiéndonos al averno sin retorno. Pechos y piernas rozaban mis extremidades, volaban gotas de sudor y licor por los aires. Bañándonos enteros, nos dejaban pegajosos. Los cuerpos iban y venían en aquella argamasa ampulosa que producía vértigo. Las manos y los ojos de Pitia se apoyaron en mí y me sostenían. Mezclándonos hasta ser uno

solo, unidos como las llamas de la inmensa fogata del ritual, nuestros cuerpos se unieron hasta fundirse.

A la mañana siguiente la comunidad amanecía entre caos y borrachos en un estado deplorable. La chamana leyó las cenizas del fuego y no le agradó su significado: vida que traerá muerte. Decidí no prestarle atención y seguir con mi vida junto a Pitia, cuyo vestido, con el pasar de los meses, ya no pudo ocultar su evidente estado. Mientras tanto, ella se encargaba de nuestra pequeña choza, y yo en mejorar en el idioma. Solo de vez en cuando atendía enfermos, ya que corría el riesgo de enfermar ella también. Hacía un trabajo limpio y prolijo con las suturas, nunca se le escapaba un detalle. Sus manos se movían como las de una artesana en pieles ajenas.

Octubre había llegado, y según mis cálculos, nacería el treinta y uno. El día antes del parto ya casi no podía moverse, el dolor la retorcía y yo no hacía más que darle infusiones de pasionaria. «Va a doler mucho» le decía la chamana. Pero no había caso, la criatura no quería salir, y ella aullaba. Como nunca, vi lágrimas cayendo a borbotones de su cara, y después de horas, entre gritos y sangre, por fin, había nacido. Lo que vi me apaciguó, pero minutos después de examinar mejor, me horroricé. El crío, un varón, tenía una larga cola, similar a la de un reptil, y unos extraños ojos, que parecían verdes a la luz, y blancos en la oscuridad. Pitia jamás vio el espectacular acontecimiento, había dejado de respirar.

«Es la maldición», repetía la chamana al ver mi situación, por lo que me aconsejó que me ocultara en otro lugar con «él». Así que me fui más lejos, entre el salvaje espesor de los pastizales, malezas y árboles torcidos a deshacerme de esa pequeña aberración, con pesar en el corazón y gotas surcando mi piel marchita.

En lo profundo de la noche, cuando iba a realizar un acto atroz—asfixiarlo con un trapo—entré a buscarlo desesperado. Desapareció sin dejar rastro. Su cuerpecito se había desvanecido como cenizas en el aire frente a mí. Pasé el resto de la noche buscándolo entre los pastizales. Las horas se deslizaban y no había señales, así que me digné a regresar a la comunidad.

Al volver, tan solo a unos metros antes de llegar, se vislumbraba una gran columna de humo que ascendía. Las lenguas del fuego arrasaban con todo a su paso, menos a aquellos ojos blancos, que era lo único que distinguía entre los

alaridos del gentío. Donde se contaba su historia, él aparecía. Luego de muchos años lo supe, y por ello se debe dejar morir para siempre este asunto.»

***

Al cerrar el libro, percibí un olor extraño y fétido, muy fuerte. Cuando bajé mis ojos —ese acto irremediable que uno hace a diario, mirar al otro— allí estaba él, en el lugar de mi hermanito, con la piel amarillenta y verdosa cayéndose a pedazos, con los ojos verdes centelleantes a plena luz del día, esperando a que agarre otro libro para leer.

A María Remedios del Valle

Mérida Doussou Sekel

La encontré de repente, un día de otoño
en que el frío carcomía los retoños
de un país que tapaba a María
no con lanas del norte
por el que anduvo con armas de escudo
sino un país
que tapaba a María con lomos y hojas
de enciclopedias y libros
—¿Me puedo sentar con vos, María?
Asintió con la cabeza
estaba allí con una mano extendida,
frente a esa casa vieja
con puerta de madera
en la que tantos relatos históricos
ocultaron a María
—¿Ya te dieron la pensión Remedios?
Sus ojos
negros, extenuados, con brillo sabio
giraron
para señalarme la cámara de representantes avaros
aquellos que con trajes laqueados
definían el valor de la pensión de María
—¿Sabías que hoy tenés un día,
que escuelas llevan tu nombre
y que te llaman madre de la patria?
Rio y escuché por fin su voz,
—¿Patria? —Repitió.
Aquella palabra la usaban esos representantes
que compraban esclavizados a los amos, dueños de estancia
para que sean soldados;
un país que pagaba por ellos, como objetos
y les prometía libertad
por ir al frente de batalla

y gritar convencidos: ¡patria!

—¡Vamos que te llevo a casa Remedios!
El sol comenzó a salir
su luz hacía brillar las hojas otoñales
que se convertían en un guiño
a las alpargatas sin suela de María.
Dos hijos perdidos
Seis heridas de bala
Siete veces en capilla
Nueve días azotada
Capitana de un ejército sin monumentos.
Te tengo que pedir perdón María.
Era mil ochocientos veintiséis, soplaba el viento en buenos aires
las marcas de su cuerpo, eran la única fuente capital
para solicitar compensación,
en ellas vivían la guerra y la paz
el monte cimarrón y la ciudad abatida de damas
que la miraban mal.
Te tenemos que pedir perdón María,
y con su dedo hizo la seña de guardar silencio
su voz pausada salió por entre aquellos labios gruesos
Nena, ustedes son mi encuentro
No importan los monumentos
ustedes son mi aliento,
eso sí, que no me llamen más parda ni morena,
nena, yo soy negra.
Ayuden a descubrir a otras tapadas
por esos libros que dijeron que en argentina no había negros

Mi señor desconocido

Fernanda Noelí Fernández

Me mira.
Le devuelvo la mirada.
Nos conectamos
en busca de respuestas.
Su mirada profunda
Desde el otro lado del bar
me dice: "¿por qué?"
Simples palabras,
pero grandes significados.
Algo extraño y especial
que nunca me había ocurrido.
Esa noche cálida
en la que te encontré.
Mis manos temblaron
cuando nuestras miradas
se cruzaron.
Con esos hermosos labios
una sonrisa me regalaste.
Y ya no pude resistirme:
Caí en un hipnótico sueño
dulce como la miel,
pero irreal como todo sueño.
Fantasía en esos ojos,
ojos color café,
con esa mirada que encubre
toda una vida entera
de la que nunca me enteraré.

Lo siento,
no puedo ofrecerte nada,
solo mi mirada
para que me recuerdes.

Lo siento,
Es solo un espejismo.
Nada de esto fue real.
Somos dos desconocidos
que por azar se cruzaron;
de un momento al otro,
se miraron,
en busca de respuestas
que nunca encontraron.
Señor desconocido:
Lo recordaré siempre.
Con su mirada,
tan profunda y secreta,
llena de palabras y silencios.
Señor desconocido:
Me iré en este instante.
Y con un suspiro,
que dejaré escapar,
le diré que esta noche,
aunque no lo conozca,
usted el sueño me quitará.

Cuento para dos

Daiana Gatti

La bocina del tren irrumpió en los pensamientos de Lucia y recordó aquella tarde fría. Donde las ventanas se encontraban empañadas, tímidas, y distantes, estas parecían privarlos del paisaje urbano. En el otro extremo de la silueta del tren, se podía observar un escándalo de piernas, que no permitían cruzar, ni siquiera medio vagón. También un par de dedos, como pequeños tambores, se oían bailotear en el respaldar de uno de los asientos, fue tan nítido ese sonido, al igual de punzante que lo fue la mirada nostálgica de aquella persona.

La risa revoltosa de un niño le hizo dar cuenta a Lucia que tenía que descender en la próxima estación. No obstante, desde ese momento se había quedado pensando en aquella persona. Luego pasaron los días y el recuerdo iba siendo menos nítido. Ya había comenzado a desaparecer de su cabeza.

Una tarde, Lucia viajaba en un colectivo repleto de gente, casi que no podía sostenerse del borde de algún asiento o de los pasamanos; había tanta gente que no podía pasar, se tuvo que quedar adelante, casi al lado del conductor, no bien había comenzado el recorrido que la conducía a dar clases. El colectivero realizó una maniobra y el conductor tuvo que apretar los frenos rápidamente porque había un auto mal estacionado; en ese movimiento brusco vio al chico otra vez , estaba ahí en el fondo del colectivo, en el mismo lugar y espacio que ella, en ese transporte que Lucia tomaba cada jueves por la tarde. El pulso de ella había comenzado a acelerarse, en un momento pensó en atravesar el pasillo del colectivo para llegar a donde se encontraba él y así poder hablarle. Pero al pasarle esa idea por la cabeza, la gente había comenzado a agolparse aún más contra ella y ni siquiera lo podía ver; realizó un movimiento para aproximarse a la mitad del transporte, pero no lo podía lograr, no bien frenaba el colectivo hacía movimientos con la cabeza hacia un lado y hacia el otro, pero no lo lograba. En la próxima parada habían descendido un par de personas, y sintió que era su oportunidad para aproximarse hacia la puerta de descenso. Volteó a mirar y el chico estaba descendiendo; ella se había quedado perpleja mirándolo desde la ventanilla, inmóvil, seguía arriba del colectivo. Su oportunidad había comenzado a desvanecerse con el sonido del timbre.

Había llegado el mes de agosto, y el frío allí afuera golpeaba las puertas y ventanas para entrar; sin embargo, fue el sol su único reparo, en aquellos días. Una mañana, Lucia había salido a caminar, aún no daba el sol en la vereda, pero después de un par de cuadras lo encontró alumbrando la esquina de un almacén, siguió por esa vereda y de esta manera llegó al parque. Al atravesarlo, decidió sentarse un rato en un banco. Veía pasar a las personas con sus perros, era el paseo diario de estos peludos que parecían disfrutar el salir de los departamentos. La mañana estaba bastante fría, pero el sol fue un aliado aquel día invernal.

El tiempo fue transcurriendo y de manera automática decide mirar su reloj pulsera, casi como un acto reflejo: eran las 12:30 p. m. Lo que la hizo pensar en que tenía que regresar a su casa a almorzar algo.

Cuando estaba por cruzar la calle, vio pasar una bicicleta de la mano contraria a la de ella. Era él, cargaba en su espalda un estuche que parecía de una guitarra, Lucia se apresuró a cruzar, pero ni caminando rápido había podido ver para dónde había doblado la bicicleta. Se quedó pensando, ¿Hacia dónde iría?

Los días pasaron, y Lucia quería aprovechar las tardes frías y ponerse al día con lecturas de autores que le habían quedado en el tintero. Por lo tanto, las librerías en Capital fueron su blanco. Fue allí donde lo volvió a ver. Lo había visto de perfil, entre los libros de arte. Esa tarde, el sol se encontraba vagabundeando por las calles de la ciudad. Lucia lo había visto al fondo de la librería, entretenido con un libro en la mano. Era hasta ese momento, el último fotograma que ella tenía de su imagen, un mechón rubio colorado deslizándose por la mitad de su rostro. En ese instante, había intentado entrar a la librería. Sus manos habían comenzado a sudar pensando qué haría al ingresar; si iría por el mismo pasillo en el que él se encontraba y de esta manera poder ver qué era lo que leía. Se le pasaron varias opciones por la cabeza, pero esta vez no podía desperdiciar su oportunidad de hablarle, de preguntarle a qué se dedicaba y si era él quien frecuentaba los mismos lugares que ella. Así que volvió a mirar hacia adentro e ingresó al local.

Lucia, disimuladamente, tomó un libro, lo hojeó, levantó la mirada; él se encontraba en la misma posición. Su pulso se aceleraba cada vez más, respiró profundamente, fue en dirección al *stand* en que él se encontraba, dejó lo que estaba leyendo y eligió más de un volumen, intentó ordenarlos y se le cayeron al

suelo. Eran libros de poesía. Él alzó la mirada y la ayudó a levantarlos. Ella no pudo pronunciar más palabras que gracias, y cuando quiso decir algo más, él ya se había ido.

En el suelo había quedado un papelito doblado por la mitad, a Lucia le dio intriga y lo levantó; en este figuraba una dirección. Ella regresó a su casa pensando si ese papel ya se encontraba en el suelo o se le habría caído a él cuando la ayudaba con los libros.

Luego de lo ocurrido en la librería, esa misma noche, casi ni pudo dormir pensando en esas escenas, la presencia de este muchacho, repetidas veces en los distintos lugares donde ella transitaba, su rostro conocido, familiar, lo que le generaba al verlo, no le había ocurrido eso antes. La intriga por saber y descubrir quién era ese sujeto era lo que no la dejaba conciliar el sueño. Lo había conocido en el andén o en una librería, o tal vez en el parque o en un colectivo, no lo recordaba bien. Lo que Lucia no podía olvidar era su rostro, sus movimientos, su motricidad pausada y dubitativa, su mirada perdida como en un horizonte lejano, como quien persigue un recuerdo entre parpadeo y parpadeo.

Unas semanas después, al salir de su casa, mientras guardaba un par de cosas en la mochila, vio el papel plegado a la mitad y volvió a sentir la intriga que él le había generado aquella tarde en la librería.

Recordó inmediatamente que desde aquella vez, no lo había vuelto a ver en el colectivo, ni tampoco en el tren, ni en el parque y menos aún, en la librería.

Lucia salió para descubrir quién vivía en esa dirección, qué era lo que había allí; esta vez era ella la que salió en bicicleta. Fue un poco largo el camino para encontrar la dirección, pero al fin lo logró, luego de preguntar a un par de personas que había encontrado en el camino. El domicilio se ubicaba en una diagonal.

Estaba por caer el sol; al llegar a la dirección que le indicaba el papel, Lucia miró hacia su derecha y luego a su izquierda, pero no se encontraba nadie por allí. La mayoría de las casas estaban pintadas de color blanco; cuando volvió a corroborar si estaba bien donde iba a golpear, se dio cuenta de que era la casa de un *luthier*, por un pequeño cartel que había allí. En la vereda había un gran álamo, sobre este árbol esbelto fue que apoyó su bicicleta y de inmediato, tocó timbre. En primera instancia, no salió nadie. Volvió a tocar, la puerta se abrió muy lentamente; era él, el chico de cabello rubio colorado, con el mechón que se

deslizaba sutilmente en su cara. Estaba ahí frente a ella, sonrió. Ella le preguntó el nombre, y fue así que comenzaron a hablar; en la conversación le confesó que a él también le había intrigado la presencia de ella en el colectivo, en el andén y en la librería, y fue por eso que decidió dejarle una pista, como una premisa para un futuro e incierto encuentro.

María Noel Legaspi

Cuando supe sobre él, también quise ir. Respondía preguntas sobre los más variados temas: desde acertijos ancestrales hasta el paradero de Wally.

Los primeros en consultarlo quedaron perplejos y bastante enojados con la respuesta recibida. Lo mismo manifestaban los últimos en haberlo hecho. “No dice nada coherente” —gimoteaban. “La respuesta es la misma para todos y no se entiende” —protestaban. “Es un farsante” —acusaban. “¡Vamos a denunciarlo!”

Entré a verlo. Hice mi pregunta. La respuesta que me dio fue clara y precisa:

“lsdjkhfiperhfkfdhi”.

Después, la policía se lo llevó.

Preguntas en la cárcel no responde. Una lástima.

María Noel Legaspi

“So, any antidotes?”

“For loneliness you mean? It’s love,” said the alchemist and the miserable robot went to pieces.

Sangra de la nada[1]

Marianela Luna

Para mi padre, comer afuera era una salida familiar obligatoria de doble turno: domingo al mediodía y miércoles a la noche, para cortar la semana. No importaba si había discutido unas horas antes con mamá, si Matías había salido con el auto sin permiso o si algún obrero muerto de hambre había llamado para manguear un adelanto. Se salía igual, con cara de culo. Matías, mi hermano, era el único que podía faltar porque era adolescente y porque, según papá, no sabía salir a comer. Él solo pedía milanesa con puré, y en la mesa revoleaba los ojos hasta que el mozo se iba. Siempre le recriminaban lo mismo: "Habiendo tantos platos, qué picardía". Yo creo que lo hacía a propósito y a fin de cuentas, salió ganando porque lo dejaban quedarse en casa. Solo tenía que ir cuando papá arreglaba para almorzar con el socio y su familia. Nos tenían que armar una mesa triple porque Eduardo tenía un montón de hijos que, encima, llevaban amiguitos para no aburrirse con el viejaje. A mí el tipo me caía mal porque para pedirle al mozo que le trajera pan, le sacudía la panera como llamando a un perro a comer. Mamá decía que peor era llamarlo hasta la mesa y recién ahí decirle, pero igual me parecía de mal gusto. Al final de cada encuentro, se peleaban a los gritos para decidir quién pagaba la cuenta de todos. El restaurante entero nos miraba y después mi papá —que nunca me abrazaba—, impulsado por la euforia de pagar una cuenta carísima, me hacía upa o una cosquilla de padre cariñoso.

No daba igual cualquier restaurante. Teníamos que ir a alguno por calle Pellegrini o al que fuesen empresarios como Palazzo, que también era de Saladillo y salía a comer con la familia a lugares caros, pero por el barrio, porque ellos, con fortuna y todo, seguían siendo de zona sur.

Cada tanto, los empresarios del barrio tenían algún gesto con los vecinos y comerciantes, así que a mi papá no le quedó otra que hacer lo mismo. Todo empezó cuando un proveedor de Palazzo le construyó un toldito al kiosquero de la esquina. El tipo le agradeció tanto que Palazzo no quiso ser menos y le regaló

[1] Publicado en el libro de cuentos *La velocidad es mi escuela*, editado por la editorial rosarina Brumana.

una exhibidora vertical. Todo Saladillo empezó a tirarle flores. Una tarde nos cruzamos con él en la plaza y papá sacó el tema. Palazzo terminó confesándole que era una heladera con fallas que no le iba a poder encajar a nadie y que no le costaba nada dársela a Jorge. Mi papá lo escuchaba como a un maestro y al tiempo terminaba haciendo lo que le decía.

Así fue que terminó regalándole una estantería metálica al de la granjita de la esquina de casa. Mamá se enojó porque el que atendía era un ordinario —le molestaba que se chupara un dedo para pasar las hojas del cuadernito de las ventas— pero mi papá decía que Juan era un tipazo porque siempre tenía alguna atención con él o nos regalaba chocolatines. También le gustaba hacerse el amigo de los pobres. Hasta que una vez casi le quiebra el tabique a un limpiavidrios que insistió cuando él le había dicho que no —ahí me explicaron la diferencia entre pobre y negro de mierda—. Mamá dijo que no había sido para tanto, que la nariz es el órgano más mantequita del cuerpo y sangra de la nada. No entendía si lo decía por el negrito o por mí, a quien tenían que ir a retirar de la escuela cada quince días por hemorragia nasal. A mi mamá le daba una vergüenza terrible ir a buscarme porque era obvio que o me sangraba de tanto sacarme los mocos o tenía problemitas en casa. Cualquiera de las dos cosas era humillante. Y en vez de callarse y fingir preocupación —como cualquier madre haría— discutía con la preceptora y le reprochaba que estaban educando boluditas, si hacían tanto alboroto por un poco de sangre. Para ella, me tenían que hacer un tapón de algodón y seguir la clase como si nada, que al fin y al cabo en poco tiempo íbamos a sangrar por otro lado y ahí las quería ver a las monjas esas, qué explicación nos daban. Lo cierto es que cuando por fin me dejaron en clase con el tapón —gracias al escándalo que mamá había armado la última vez— mis compañeras me miraron tanto que la seño me desobligó de la clase y me fui a tomar té a la sala de profesores.

Hubo una noche en que discutieron tanto que puse música fuerte y no me retaron. Matías directamente se fue sin decir a dónde y tampoco le dijeron nada. Antes de irse, entró a mi pieza a pedir un casette de Twiggy que me había prestado, pero me di cuenta de que quería ver si yo estaba bien (a esa altura, él ya no escuchaba a Twiggy porque sus amigos lo cargaban). Mi hermano sí me cuidaba. Yo no le di bolilla para que se fuera tranquilo. La calma en el hogar dependía de que todos hiciéramos como si nada. Apenas a alguno se le notaba que pasaba algo, se desataba una batalla que, en ocasiones, podía durar un mes. Como la vez que Mati se llevó el auto sin permiso ni registro y chocó un

semáforo. Mi papá lo cagó a pedos porque la noticia llegó a los medios y lo habían nombrado como el hijo del reconocido empresario. Mamá, a la vez, se enojó con papá porque le preocupaba eso y no que Mati se hubiera fracturado. Yo soñaba con que mi hermano algún día se escapara sin decirle nada a nadie y me dejara una carta con una dirección y un teléfono para ubicarlo cuando creciera y pudiera irme con él.

Esa noche, mamá entró a mi pieza con la cara todavía húmeda y me dijo "cambiate que salimos a comer". De todas las veces que salimos a cara de perro, esa fue la peor. ¿Qué necesidad había de ir a comer cuando nadie tenía hambre? Para levantarles el ánimo, me puse el vestido que me habían regalado para mi cumple y una vincha con una flor que mi mamá adoraba. En el auto, lo único que se escuchó fue un locutor de voz irritante que se hacía el canchero con las chicas que llamaban para pedir temas. Yo rogaba que no pasáramos por la rotonda de los limpiavidrios porque, con el mal humor que tenía, mi papá le hubiese quebrado la cara entera. Para desviarlo, le pedí que pasara por la puerta de un pelotero porque les inventé que era el cumple de una compañerita que no me había invitado. Le podría haber dicho un nombre de mentira porque él no conocía a ninguna de mis amigas. Mamá, indignada, preguntó si la habíamos invitado a mi última fiestita y le tuve que decir que no para que no se la agarrara con ella ni con su madre. "Entonces chito la boca, si vos no la invitaste está bien que ella a vos tampoco". Cuando llegamos, tuvimos que dejar el auto a una cuadra porque no había lugar para estacionar. Para entonces, mi mamá se había retocado el labial unas tres veces. Tanto que parecía un payaso. Durante la cena me encargué de que no faltara tema de conversación para que se les pasara el enojo y volvieran a hablar. Apenas nos quedábamos callados, me daba la sensación de que todos nos miraban y se lamentaban por nosotros: una criatura que hablaba hasta por los codos, un padre que carraspeaba sin parar con la mirada fija en la copa y una señora en silencio con boca de payaso y ojeras de haber llorado. Éramos la mesa más triste del bar. Para descansar un poco, me fui al baño que quedaba en la otra punta del salón. Cubrí el inodoro con una capa doble de papel higiénico y me quedé un rato tranquila así; de paso, les daba tiempo a solas. No me di cuenta de que me estaba sacando los mocos hasta que sentí las primeras gotas de sangre en el vestido. Enseguida, me levanté y fui hasta la pileta delineando el trayecto en rojo. Mientras me enjuagaba, entró una mujer que se espantó con la escena y la muy bruta me preguntó si estaba bien, como si pudiera responderle con la cabeza abajo de la

canilla. No bien pude verle la cara en el espejo, supe que era la hija mayor de los Palazzo.

—Dejame que te ayude y te llevo con tus papás.

Llegaba a aparecer ensangrentada y de la mano de la hija de los Palazzo y mi papá me mataba.

—No pasa nada, me sangra siempre porque tengo la nariz mantequita.

—¿Segura? Pero decime dónde están tus papis así por lo menos los llamo.

—No, está bien, ya se me corta solo, gracias.

La mujer salió del baño y yo me quedé limpiando las manchas del vestido que, por suerte, aclararon bastante. Para darle tiempo a secarse, me senté en el piso con la cabeza hacia atrás y un tapón de papel para frenar la catarata. En eso, entró un doctor de ambulancia a buscarme. La hija de los Palazzo había avisado al restaurante y ellos, en vez de avisarles a mis papás, llamaron a la emergencia, con tanta mala suerte que llegaron enseguida.

Salí del baño de la mano del médico y fuimos el espectáculo de la noche. Parecía una nena a la que sus padres olvidaron en la playa, a cocochito de un guardavida. Creí que nos iban a aplaudir. La gente lo miraba como a un héroe. A mí me tenían lástima. Atravesamos todo el restaurante y fue casi llegando a la mesa que mis papás me vieron por la vidriera: estaban fumando y tomando vino en la vereda. Ya se habían amigado.

Parálisis

Marianela Luna

Cumplí 15 años
Con mi familia a medias
Y una fiesta a todo culo:
fuegos artificiales, saxofonista
y un show de salsa con dos bailarines.

Como en las pelis de Hollywood
las explosiones
los choques
lo espectacular
compensa las falencias:
el cliché
la historia inverosímil
el detalle a esconder

En mi cumple ese detalle
era mi hermana
y su parálisis facial.

Su risa a medias
ese destello acechador
era el borde colapsado de la alfombra
que no se contuvo más y dejó ver la mugre.

Por aquellos días fiesta familiar era un oxímoron
Y aun así todos
siguieron la perfo:
mama, cuñado, hermana, hermano
todos
pausaron sus grises
por mi noche rosa.

Parálisis: privación o disminución del movimiento

de una o varias partes del cuerpo

Hoy recuerdo su cara y pienso
que fue un guiño del futuro
un accidente del tiempo
de esos que aprendemos
a leer de más grandes.
Su sonrisa a medias marcó el inicio de la simbiosis

Ella síntoma. Yo denuncia
Ella sentir. Yo poesía.

Una empuja lo que la otra tapa
Somos nuestra condena
a sentirlo todo: lo cóncavo y lo convexo.

Parálisis: privación o disminución del movimiento
de una o varias partes del cuerpo

Yo recuerdo esa noche
como un eclipse
parcial
de luna.

Mi corazón

Camila Mangiameli

Veo tu sombra en la ventana
y en las arrugas de la almohada.
Escucho tu risa tras las cortinas.
Siento tu perfume en el viento.

Leo tu nombre en cada texto.
Cada canción es un nuevo recuerdo.
Por las noches pretendo que te beso
para espantar el frío de mi cuerpo.

De pensarlo me da terror,
que vos ya no sientas lo que yo.
Me sacaría el corazón del pecho,
tenelo vos, yo no lo quiero.
No puedo verlo.
Solo sabe decir tu nombre.

Mentiras

Camila Mangiameli

Me mezclo en la masa maliciosa de mentiras que manipulan modificando. Se mofan de la marea que moldea el mosaico de la memoria. Murmuran los mitómanos con micrófonos en mano. No hay medicina que mitigue el miedo que mancha el mundo. Macabros, malvados me matan. Manso, el mundo se queda mudo.

•••

Gabriela Nesossi

Esto que voy a contar es estrictamente cierto, sin que decirlo implique necesariamente que el dato sea relevante al asunto. Me refiero a la circunstancia en que me fue contado lo otro a lo que me refiero, de lo que, en verdad, no tengo constancia.

Porque, en fin, ¿qué puede importar? Estaba Arno en el bar, y fueron llegando Patricia, Moni, el Colorado y Fabi. En algún momento llegué yo y me senté junto a él. No sé por qué le decían Arno. Cuando le pregunté al Colo, me dijo que le decían así en su pueblo, ya desde chico, como si eso fuera una explicación. Más tarde llegaron cuatro o cinco más. Todos de distintas edades, distintas carreras, distintos gustos; habíamos formado parte de un intento de fundar un coro en la facultad. La iniciativa fue de Arno, que estudiaba en Casilda. Le propuso a una estudiante avanzada de canto que formara y dirigiera un coro. Se convocó a través de carteles a estudiantes de una facultad de Rosario primero, luego a los de todas las facultades, luego a docentes, no docentes, y finalmente a cualquiera que pasara por la calle.

Había muchas mujeres y pocas voces en las cuerdas masculinas. Cuando reunimos una cantidad aceptable de integrantes, ya no representábamos a ningún grupo. Tuvimos seis reuniones en las que no logramos acuerdos mínimos sobre el repertorio, los días de ensayo, los lugares; digamos la verdad, sobre nada. Uno de los más viejos sostenía que el nombre del coro tenía que estar en latín, como otros tantos. La directora quería que el repertorio fuera folclórico. Entonces alguien de Letras propuso Pro populo. Ahí Fabiana, Fabi, que siempre encontraba la veta cómica de todo, señaló: «'propópulo' parece el nombre de un órgano», y tentada de risa: «me tienen que operar del propópulo». Resultó que el viejo era médico y se fue, ofendido, llevando tras de sí un grupito selecto de profesionales adustos. La directora se enojó: esperaba que el coro, si se asociaba a la Facultad de Medicina de algún modo, consiguiera patrocinios. La séptima reunión contó con la ausencia más lamentable, la de la directora propuesta. Pero el grupo siguió, sólido, acudiendo a los encuentros de los viernes en El Cairo. Y yo siempre junto a Arno, que era encantador y me encantaba, por su serenidad, su

sentido del humor, su sensatez y su aspecto de buen tipo, siempre dispuesto a escuchar y ayudar.

Una o dos veces fuimos al cine a ver un estreno. Recuerdo que… perdón, claro, no he dicho cómo se llama este relato o lo que sea. Aclaro que lo voy a decir al final. Y esta aclaración y la del comienzo son parte misma del relato. Decía que el título irá al final porque no quiero que oriente una interpretación que podría desviar el interés y la expectativa hacia algún aspecto que, quién sabe, confunda. Porque ningún aspecto reviste mayor interés que los demás; digamos que lo más probable es que ninguno revista interés alguno para nada, dado que lo «real» o «cierto» de lo que cuento son las escenas en que aparezco siempre al lado de Arno, y yo buscaba esa cercanía. Pero las historias que él compartía conmigo, y lo que finalmente me contó, esas no sé si son reales. No porque crea que él mentía, no, sino porque yo no estaba allí, y la naturaleza de lo que contaba era tan vaga e intrascendente que el hecho de que fuera o no real no le agregaría, creo, nada de atractivo.

Uno de esos viernes íbamos a ir al estreno de Ginger y Fred, de Federico Fellini. Estábamos en el bar —yo siempre junto a Arno, y aclaro que esta ubicación en las mesas que ocupábamos era respetada por el grupo a tal punto que, si yo llegaba más tarde, siempre encontraba un sitio vacío pegado al de Arno—, en medio del rejunte de coreutas fallidos que no se ponían de acuerdo en ver esa u otra película y buscaban en los horarios de los cines por si otra nos convenía más para tener una oportunidad de cenar antes de la función. A Arno le daba lo mismo, y por supuesto, a mí también. Quiero decir, yo quería ver esa película, pero más quería estar con él y escuchar cómo terminaba lo que me estaba contando. Era sobre una chica que le gustaba y que tomaba el colectivo para volver de Casilda a Rosario los viernes. Él coincidió con ella algunas veces en que salió antes de clases, y ella lo saludó como si lo conociera. Entre una y otra de estas coincidencias, pasaba un tiempo. Él comenzó a organizar el azar de encontrarla disponiendo de algunas tretas para salir de clases más temprano. Así, hubo dos viernes seguidos en que él subió y ella ya estaba sentada. ¿Por qué a veces la encontraba y a veces, no? Moni empezó a discutir con Elda, o tal vez se llamaba Elsa, no sé, sobre el plan del cine. El Colorado tenía un pequeño derrame en un ojo. Y Fabi le preguntó a Arno, como al pasar, si había visto a la gurisa. Porque era entrerriana. Fabi, no la chica de Casilda. Yo pensé que era raro que esa historia, que yo pensaba que solo me había contado a mí, también fuera del conocimiento de Fabi.

Entonces Arno le dijo que había descubierto que la encontraba cada vez que salía más temprano de la facultad por algo. Claro, dijo Fabi, ya desinteresada. Entonces Arno me contó de cada una de las veces que la había visto en la estación; algunas, tan separados por el pasaje que ni se habían saludado. Y él no se atrevía a hablarle.

A todo esto, se distrajo, porque Fabi se acercó mucho al Colo y le dijo: «Tenés que ir a un médico». «Pero no», le dijo el Colo, fastidiado. Arno interrumpió su relato de intentos infructuosos de hablar con la chica que no tenía y todavía, para mí, no tiene nombre. Se dirigió al Colo y le dijo que Fabi tenía razón, que fuera a una guardia, que podíamos dejar el cine para otro día. Y Albertito, el esposo de Elda o Elsa, dijo que si ese era el plan, se iba. ¿A quién le importaba ese tipo? Ni era del coro. Bueno, bah, «el coro», el proyecto del coro. Todos volvieron a sus conversaciones triviales.

El Colo se acercó a saludar a alguien de otra mesa y Arno me dijo que bueno, que ese mismo viernes a la tarde había resuelto hablar con la chica esta que, vamos, vaya a saber si esperaba o no que él hiciera algo, porque ¿se conocían, acaso?

Llegó Rosa, y ofreció entradas con descuento para ir a un bar en el que alguien cantaba canciones de Serrat y Silvio Rodríguez. Fabi y Elda se interesaron. Y Arno pensó que era bárbaro que dos personas tan distintas quisieran ir a ver ese espectáculo. Le daba como risa, en fin; ya dije que era un buen tipo. Se asombraba y alegraba por esas cosas. Y siguió. Algunos aprovecharon que todavía no habían hecho el pedido, saludaron con la mano y se fueron con Rosa. Fabi y Elsa, no. Decidimos ocupar todos un mismo grupo de mesas —éramos bastantes y a veces teníamos que armar más de uno—.

«Escuchame», me dijo, «no sabés todo lo que hice hoy para verla. Y todo fue muy raro, porque, lo que nunca, el profesor quiso hablar conmigo acerca de un parcial o un trabajo, qué se yo. Y resultó que no era mío, sino de alguien que tiene un apellido parecido al mío. Y ya me atrasé para llegar a la estación». Se escuchó un sollozo de golpe, y un tipo que, de pie, le gritaba a una chica de unos 16 años. Pronto tiró unos billetes sobre la mesa y se fue, muy nervioso. Como movido por espuelas, Arno dejó la silla y se acercó a la mesa de la chica, que lloraba tapándose los ojos con las manos. Le dio una servilleta, se sentó, y empezó a hablarle muy pausadamente. Yo me acerqué, pero me quedé en silencio. Nos sentamos. La chica explicó que, desde que se había separado de su madre, el

padre la invitaba a comer los viernes, y siempre terminaban así, discutiendo, con una escena en cada bar o restaurante. Arno me miró y me dijo «tenemos que acompañarla hasta la casa». Yo pensé: «¿Y el cine?», pero no me atreví a plantearlo, porque la duda no tenía la estatura moral de la medida que Arno se proponía tomar, para la que no había vacilado en contar conmigo.

Salimos los tres. La chica vivía ahí nomás, a dos cuadras y media, en pleno centro. Estaba calmada. Y a mí me implicaba la situación, porque podía estar a solas con Arno al regresar al bar, y saber de una vez por todas qué había pasado, y con suerte, el plan del cine seguiría en pie. Volvimos por el mismo camino, y Arno retomó el relato. Salió de la facultad, casi corriendo, eludió algunos obstáculos… y doblamos la esquina y estaba el Alberto este, el no sé qué de Elda o de Elsa, que traía medio abrazado al Colo, cuyo ojo estaba color sangre y con los párpados hinchadísimos. «¿Los acompañamos?», preguntó Arno, siempre incluyéndome de forma predeterminada en todos sus planes de escudero fiel. «No hace falta, pibe, estoy con la chata». Yo pensé que una cosa no quitaba la otra, pero me callé, porque no quería que mis propios planes, que parecían recuperar el rumbo, sufrieran nuevas y alocadas interferencias inesperadas. Seguimos. Y yo: «¿Entonces…?», y Arno: «Ah, bueno, entonces, recordé que tenía que alcanzarle a un compañero unos apuntes y unos libros que me había prestado. Desvié un poco, pero llegaba a tiempo, si hacía todo corriendo…». Llegamos de nuevo al bar. Elsa nos preguntó si Alberto nos había dicho si volvería a buscarla. Arno le dijo que no se preocupara, que si no volvía, la acompañábamos. Lo que faltaba. Qué energía, pensé. Y nos sentamos donde nos habían dejado dos sillas vacías, juntas. Elda le dijo que gracias, que le preocupaba que se desencontraran. Entonces Arno dijo que, algún día, se inventarían aparatos portátiles con los que podríamos localizar a cualquiera, escribirle mensajes y hablar por teléfono, incluso viendo la cara de la persona en una pequeña pantalla. Fabi, burlona: «espero que el cable sea largo». «Estás loco», agregó. Se rieron todos. Moni preguntó si el plan del cine seguía vigente. Elda le dijo que estaba cansada y que no sabía si Alberto…

Arno aprovechó y me dijo, como apartándose un poco: «Corrí, corrí y corrí, llegué a la casa de mi compañero, que empezó a decirme unas cosas…». Y Patricia: «¿Qué? Si Alberto no quería tanto ir al cine. No lo vamos a esperar para que diga que no. Planeemos nosotros». Arno volvió a conciliar: «Bueno, queremos saber cómo está el Colo, también. Si él no puede, a lo mejor sería bueno dejar el

plan para otro día». Patricia nos miró furiosa, llamó al mozo y comenzó a rebuscar en su bolso. «Pago y me voy», dijo. Y Arno: «Pará...».

El mozo vino y dijo que pagáramos todo junto, que no podía cobrar uno por uno. Entonces Elda o Elsa se dio cuenta de que no tenía dinero, que sí o sí tenía que esperar a Alberto. Arno le dijo que él tenía dinero, que otro día arreglaban. Yo asentía con la cabeza, siempre en apoyo de Arno. Ahora que lo menciono tanto, es muy raro ese apodo. No se parece en nada al nombre y es incómodo de pronunciar. Ni siquiera mejora en diminutivo. Bueno, volvió al tono intimista y me dijo que llegó agitadísimo a la estación, transpirado y con parte de la camisa fuera del pantalón. Patricia nos dejó el dinero a Arno y a mí. Arno dijo: «No, Patri, no te vayas, dale...» y se fue caminando con ella hasta la puerta. Patricia gesticulaba y Arno le hablaba tranquilamente, como siempre. Ya me incorporaba para sumarme a ellos, cuando Fabi, maliciosa, me dijo: «¿Lo vas a seguir de nuevo?». Respondí que iba al baño, lo cual no era cierto en principio, pero terminó siendo así. Cuando volví, Arno ya estaba sentado en su asiento, pero el vacío no era el que estaba junto a él, sino que allí estaba Fabi, que me miraba desafiante. Como si nada sucediera, me senté en el que había dejado ella. Así que quedé junto a Patricia, a quien evidentemente Arno había convencido de volver a la mesa. Patricia, que era unos años mayor que yo, me preguntó un par de cosas, entre ellas, si había notado que Arno y Fabi hacían buena pareja. Me dolió y se notó. Patricia lanzó una carcajada y me dijo que era un chiste que habían arreglado entre las dos. Y Arno: «¿Qué pasa, qué pasa? Cuenten, che...».

Ahora Fabi vino hasta mí y me dijo: «Salí de ahí, vamos», con un tono compinche. Volví junto a Arno. Entró Alberto. Había dejado al Colo en la guardia porque fue a acompañarlo el hermano. Le dijo a Elsa: «Vamos». Y ella: «Tenés que pagar, yo no traje plata». Y él: «Dejé la billetera en el auto...» y la miró con odio. Y ella, con un miedo cerval: «Bueno, qué querés... salí apurada». Y Arno: «No es nada, vayan, me lo dan otro día», a lo que yo asentía, ya como un gesto natural, sí, pero totalmente vacío. Esta vez, la mirada de odio se posó, certera, sobre nosotros. El tipo se fue. Elda quedó con la cara de miedo, quieta como un cuadro de museo. Eso nos dejaba a todos pensando si el tipo había ido a buscar el dinero o había hecho un desplante aprovechando que Arno había mostrado disposición a pagar. Y Patricia: «Me hubieran dejado ir al cine sola». Y Moni le respondió: «Todavía estás a tiempo». Pero siguieron hablando de cualquier otra cosa, y Elsa empezó a hablarle a Arno, a contarle que el marido tenía esas reacciones, pero

que no era malo, solo un poco torpe para las relaciones sociales. Arno asentía compasivamente, y yo, por supuesto, también.

Elda contó un par de situaciones más, con los ojos cargados de lágrimas. Nadie más que Arno y yo parecía escucharla o tan siquiera, verla. No era que la evitaran, tampoco. Patricia planteó si era un buen plan para un viernes esperar dos veces a Alberto, cuando no queríamos verlo ni una. Elda sonrió. Cuando vi la posibilidad, de nuevo yo: «¿Y entonces?», y Arno: «¿En qué estábamos?», y yo: «Llegaste a la estación… agitado, desarreglado…». En ese instante entra Alberto, muy apurado y con cara de arrepentido. «Gente, pago yo. Todo, lo de todos, lo del Colo también». Y a Elda: «¿Vamos?». Las mejillas y los ojos de Elsa se animaron con nueva vida. Se levantó como si la hubiesen sacado a bailar. «Gracias, chicos, gracias, de verdad. Hasta la próxima».

Arno me dijo, un poco por lo bajo: «Llegué temprano, vi que el colectivo empezaba a recibir a los pasajeros…». Y Fabi: «Esperen, no sabemos nada del Colo. Tendríamos que tener el aparato del futuro de Arno para saber cómo le fue», y Moni, dejando de lado la risa que le había dado la humorada: «Quién sabe si lo atendieron, capaz que todavía está esperando en la guardia. Busquemos un teléfono público para llamar a la casa». Todos estuvimos de acuerdo. La cuenta ya estaba pagada, así que cada cual recogió sus cosas y fuimos saliendo despacio, como suelen hacer los grupos cuando se van del bar, como en cámara lenta —a esa altura, éramos solo seis o siete—. Arno iba justo detrás de mí. Y me dijo: «Esperá, esperá que te cuento… al final esperé, me subí, miré por la ventanilla si llegaba, pero este viernes no vino».

Y Fabi: «¿Vamos a retomar el proyecto del coro o qué? Charlemos ahora, que ya no llegamos al cine».

Planes fallidos

Juntar(se)

Ariela Nicoli

Juntar nuestras caras,
ni siquiera en un beso,
solo un gentil acercamiento.
Apoyar una mejilla con la otra
y sentir que fue hecha para esto:
encajar, inocente, en un otro.
En la suavidad y el calor
se funden todos los pensamientos
que resumen la idea de ternura.

Limbo

Ariela Nicoli

Estoy bailando entre el no sentir
y el sentir un asco irremediable hacia todo,
pues quién iba a avisarme
que incluso perdería el derecho a estar triste.

Es que los días pasan sin pena ni gloria,
de forma indefectible e ininterrumpida,
insoportable e inexorable,
arrancándome el alma con cada minuto que pasa.

Y es que el tiempo pasa siempre,
y el tiempo lo sanará todo;
pero qué duro es ser consciente,
qué duro es saber que una nunca fue amada.

Pero una ama al amor y ama poder amar,
y qué duro es saber que el otro no ama amarme;
qué triste es sentirse ajena a la máquina que lo mueve todo
sin poder sentir tristeza por quedarse fuera.

Domingo

Ariela Nicoli

Un domingo gris
es domingo dos veces
porque se filtran en mi mente
los colores insulsos del cielo
que humedece el suelo
con su llanto incesante.

Me cuidan mis cobijas
del afuera amenazante
pero no puedo olvidarme
del gris que llevo dentro
que me pudre viva desde el centro
y no me deja levantarme.

Relato de una mujer embarazada

Federico Oña

Ojos; alcanzan el carozo de la ceniza.
La fogata crepita.
Paréntesis agarrados al madero.
Rodillas levantando sustantivos.
Clítoris; secreto de las fiestas electrónicas.
Pezones; dos milagros sucios.
Piernas clonadas con el ADN de las instancias bellas de la vida.
Mente que navega por la Deep web de las trivialidades.
Orgasmo extracto de dolor por el que luchan
las flores aburridas del siglo.
Espalda epicentro del abismo.
Columna vertebral septiembre.
Mejilla donde perdió las llaves el tiempo.
Sexo profundo como una constelación
        sin mapa posible.
Manos; levantamientos populares de la desmesura.
Pelo: rayos láser combatiendo contra la luminosa
        perfección de la oscuridad.
Axila. Canción canción canción.
Ala con la costumbre de decirle siempre
la palabra nunca al más allá.
Abdomen; festejo borracho de la mañana vuelta en sí misma.
Cintura; fermento a partir de la nada.

Aceituna negra

Federico Oña

Siempre igual este chico, con esas cosas retorcidas en la cabeza. Nada que ver. Una lo aloja durante nueve meses en el vientre. Anda hecha una pelota llena de viscosidades sin sentido haciendo los mandados. Y no solo eso. Responde preguntas obvias al verdulero, a cualquier vecina, al marido, como si fueran la policía. Y para colmo aguantar al padre. Qué miedosos son los hombres. Salvo a la hora de llenar panzas a empujones carnívoros. Aguanta a la suegra y a la propia madre. Todos desayunando medialunas y café con leche y tocando como si fuera un circo por el que saltan malabaristas biológicos. La panza llena de carne y huesos. Total, la que va a explotar como un sapo es otra. Ellas ya pasaron por eso, te dicen, y te aconsejan como si fueran la madre Teresa de Calcuta.

Acá en la isla que trafica verdes y marrones bajo un cielo soleado es donde el destino después de tantas peripecias decidió que nos volvamos a encontrar. Hijo. Pudo haber sido una tarde. Qué sé yo. A esta altura me cuesta hacer memoria. Llegamos en el auto de tu abuelo a un barrio inconmensurable por avenidas y cortadas que parecían de una ciudad antigua o futura. Depende desde qué ángulo del plano de la ciudad en particular se lo mida. Todo con una textura latosa y altísima, como si los rascacielos tuvieran su base en las estrellas y su pico en nuestras zapatillas. Una nube de alguaciles proyectaba ruinas en el silencio de la ciudad. Las obsesiones de tu abuelo atravesadas por cascotes que giraban en una órbita espiralada, casi en la cúspide del universo. Pero, a su vez, todo parecía colonial. La casa de techos altos en la que ese tipo se sacó los anillos para ponerse guantes de goma, de esos tipos de guantes que te cuidan las manos del detergente cuando lavás los platos.

La tarde pasó y se entornaba con el atardecer. Había luz natural. El sol ya descolgaba su pecho palomo del horizonte, o estaba nublado y llovía. A veces no recuerdo las cosas con mucha precisión, hijo. Tengo mala memoria. No era un día brillante, pero tampoco la tormenta había generado ese clima en el que una mañana puede llegar a ser tan oscura como la sombra de la noche. Pará un poco. Oíme. Al menos una vez en la vida contemplá con quietud mis palabras y prestá atención. La casa no tenía nada que ver con las otras del barrio. Precarias. Esta era un chalet de puertas altas, medio podridas, ladrillos vistos y tejas rojas.

Como si hubieran aspirado a algo bien clase media, pero se quedaron cortos y terminaron las aberturas de la construcción con lo que había. De todos modos, recordaba a un castillo medieval, quizá por el color, quizás por las personas que circulaban por ella. Escondido en el medio de una callecita con olor a cloaca, una casa de mierda, digamos, pero castillo al fin. El paisaje, en general, daba lástima. No agrego nada más.

Uy, hijo, ya sé que no te cierra. Necesito que me esperes, que me oigas, que tengas un poco de paciencia. Hacé como tu abuelo, que, aunque se cayera el mundo abajo, siempre esperaba a que se calentara el motor. En aquellas mañanas, afuera siempre jugaban nenes. Vos mismo pudiste haber sido uno de ellos. Todo parecía mentira. Pero nosotros éramos tan verdaderos como esa mujer parecida a una diosa atravesada por rayos láser que cruza con una bandeja repleta de agujas de tejer. Sí, a la que le miraste el culo, esa misma. Yo lloraba y a vos te llevaba el viejo brujo ese en el tarro de plástico colmado de agua gris como si fueras una aceituna negra enorme. Ahora mismo está pasando. Todos desfilan como soldados y me tocan, hijo. Toda la vida a la gente le gustó mucho tocarme, parece. Es como un rulo temporal, como vos decís, en los que están basadas ciertas estructuras narrativas de las películas.

Las hojas secas desparramadas por la vereda. El sol que cerraba los ojos. La noche siempre cerca. Ahora lo recuerdo bien. Era otoño hasta la hostia. El día entero se había antojado ser como el instante previo al atardecer, de forma uniforme, durante todas sus horas. Crepúsculo. Esa es la palabra exacta. Siempre tan rápido vos. Pero por favor, hijo, no la uses cuando escribas el cuento. Odio la palabra crepúsculo.

Al rato se abrían puertas angostas y altas, pintadas de un verde como de carne podrida, descascaradas. Es verdad. Estábamos juntos, hijo. Sí, tu recuerdo es tan nítido como el mío es confuso. El tipo con olor a edad media susurrando entre tu abuelo y tu abuela. Los tres viejos de mierda con la misma cara desfigurada haciendo negocios.

Fue poco tiempo después de la fiesta en la que yo fui un pichón de hembra. No tengo claro si era un casamiento o un bautismo. Solo sé que pasé toda mi vida en un balcón. El departamento en el que me instalaron tus abuelos después de ese día. Dijeron que ya era una chica grande y ellos, padres modernos. Me dejaban ser libre. Dos veces por semana venía la sirvienta con víveres y cocinaba porquerías que quedaban en el freezer sin tocar. En ese tiempo empecé a

trabajar en la huerta con macetas. Hasta hace poco fue lo único que hice de mi vida. De vos se iban a encargar ellos. Dos por tres, la sirvienta te traía para que te mirara, aunque no me dejaba tocarte. Hasta que creciste y, de vez en cuando, aparecías por tu cuenta.

No sé si existe mucha diferencia entre una ventana y un balcón. En uno es posible estar de pie, en el otro no. Pero al final, son lo mismo. Verte a vos mirando por la ventana en este momento me hace sentir absoluta. Ay, ay. sí. Hijo. Hijo. No. La ventana y el balcón y la rúcula y los rabanitos tan ricos y tus ojos de color parto que me miran desde la ventana.

Me duele la mandíbula hijo. Viste *Odisea en el espacio*. Un fémur vuela para trazar el viaje que empieza con los monos de Darwin y termina en el cosmos con máquinas que controlan todo. Bueno, lo mismo, pero desde el útero hasta los dientes. Por las venas. Ya sé que no llegás a escuchar mis palabras, hijo. Estás en un limbo. Pero yo sí te escucho, te oigo y te miro. Hermoso. Sé que los nervios te van a terminar enfermando igual que a mí. Sé que ahora tu novia te habla por teléfono y siente pena de vos y de mí. Me hubiera gustado conocerla. Me dijiste que tiene altas tetas y que es inteligente. Es un montón, me dijiste. No me acuerdo del nombre. Pero no te ofendas. No me acuerdo de ningún nombre. Ni siquiera del tuyo. Siempre me preocupó tanto tu melancolía. La música. Los libros. La mirada profundamente fija en la nada. Desde que naciste supe que no eras tanguero vos.

Te lo tengo que confesar, hijo. Es como si todo se redujera a un salto desde el balcón a la fiesta. Desde la fiesta al balcón. En el medio, no quedan más que zaguanes nulos. Puntos negros. Voces huecas. Y todas esas macetas que al final se terminaron llenando de gusanos blancos. Ni una sola plantita de orégano sobrevivió en ese puto balcón. Hijita mía del alma. Estoy embarazada de vos y de tu bebé. En simultáneo. En simultáneo. Como los partidos que mira tu abuelo. Porque él le dice así, no dice en vivo, como los pibes de ahora. En definitiva. Vos fuiste un balcón con ojos de color parto y yo un pendejón al que le apuntan todos los flashes en un cumpleaños de quince.

Enfermeras de mierda. Cables chotos. Pin pin pin de estas maquinitas de mierda que me inyectan dimensiones desconocidas y la puta que los parió. Y las mal cogidas de las enfermeras no se dan cuenta de que estoy toda cagada, o hacen de cuenta que no se dan cuenta de que estoy toda cagada. Les digo que me tienen que comunicar con mi hijo, hijo, pero me ignoran. Hija, tengo unas

ganas de coger. De chupar una pija grande. No como la de tu padre. Esa es mediana y boba, hija. Hijo, mi cuerpo como caparazón cubre al árbol. Mi árbol como cuerpo cubre al caparazón.

Ya ni sé qué te contaba. Otra vez con esa mirada de muerto de hambre. No te soporto.

Estás acá, hija. Me desmayé. Me desmayaron. Seguro estarás aburrido. No te duermas. Tengo que terminar de contarte la historia; cuestión que nos llevaron en el Taunus rojo venerado por tu abuelo. En esa época era un lujo. V8. Yanqui en serio. Tenías fiebre o te sangraba la boca como siempre te pasaba cuando eras un bebé. Era imperioso llevarte al sanatorio. A este mismo en el que estamos ahora, juntos, como siempre. Me asustaba tanto ver tu lengua. Tu lengua siempre me pareció lo menos corpóreo de tu cuerpo. Como si fuera una nubecita que chisporrotea y truena. Para tomar coraje pensaba que tu abuela te compró un chupetín de frutilla que te la había pintado de rojo. En esas circunstancias, tu abuelo lo ponía en marcha. Esperaba cinco minutos para que calentara el motor. Semblante intacto. Reloj muñeca. Nervios de acero. Hasta que pasa la morfina por mis venas y ponía primera y segunda y tercera y cuarta y ya iba por la ciudad como un tarado. Le importaba tanto que fueras un bebé que al final no le importaba. Doblaba en las esquinas a sesenta kilómetros por hora. Pasaba semáforos esquivando motos borrachas al filo. Una vez hasta cruzó por una plaza entre los árboles, el arenero y las hamacas. Hay una foto nuestra. Vos chiquito, en calzoncillos, con una manguera mojando el capó. Yo, un pendejón. La guardo en lo más profundo de mi útero. Fue un domingo a la tarde. Seguro la viste en las carpetas de la casa de techos altos de aquel barrio inconmensurable, en la que te criaron tus abuelos.

Las espinas de la rosa

Anahí Quinteros

Una flor alcanza su mayor belleza antes de marchitarse y desaparecer, pero esta flor fue particularmente bella toda su vida. Al jardín gigante del mundo le gusta cortar y colocar en adornados jarrones de piedra todas esas flores hermosas. Esta flor que descansaba entre ladrillos blancos perdió un poco su brillo, pero no su belleza.

En ese momento, la flor tomó forma de ser humano entre sábanas duras. Articulaba pocas palabras, las mínimas necesarias para hablar y no sentir dolor. Frente a ella, se encontraba el único pimpollo de flor que pudo dar en la tierra seca, que alimentó con un "te amo". Esta llegó para cuidarla y retribuir unas pocas horas de las miles que le debía. Sin embargo, no se escuchaba ni una sola palabra entre ellas. Las palabras estaban acumuladas desde hacía quién sabe cuánto tiempo entre venas y genes rotos. Aun así, el amor y el cariño seguían intactos, así como el pleno conocimiento del destino anunciado.

Ninguna quería lastimar a la otra con la realidad, sino que consideraban mucho mejor el silencio que fingía muy bien, como un invernadero, el clima de amor y bienestar que las hizo crecer, que era la única manera posible de congelar el tiempo y creer que todo estaba bien. Lo último que vieron juntas fue la televisión, como hacían todas las noches antes de dormir. Lamentablemente, solo una de ellas iba a descansar de verdad. Y cuando tocó el cambio de turno, ambas se dieron un fuerte abrazo, muchísimo más fuerte y más sentido que el primero de todos, porque en ese momento volvían a ser una y, esta vez, la bella flor descansaba cuidada en brazos de su pimpollo. Al terminar el abrazo, ambas se despidieron y la pequeña flor volvió a su casa. Cada paso que daba la deshumanizaba siguiendo el ritmo del reloj. Cada vez que el tiempo pasaba, terminaba más lejos de la realidad, lejos del hecho de que no había regado por última vez la flor que la hizo crecer. No le dijo «hasta pronto».

Esto fue lo que sucedió: su madre murió en silencio. Nunca brotaron las palabras, solo quedaron las marcas de un amor mudo que no dejó salir la sangre amoratada de los problemas. No hubo televisión antes de dormir, solo palabras goteando entre la sábana y la almohada. Aquel pimpollo fue condenado a secarse, morir y revivir en un ciclo sin fin. En su ropa, desde ese momento, la

sangre siempre lo acompañó. Y desde ese momento, en letras rojas, escribió las palabras que faltaron.

Una sutileza

Ricardo Enzo Scheffer

¡Quiero que me saluden por el balcón! —dijo con algo de admiración, mucho de envidia y un poco de tristeza al pensar que nunca tendría ese gesto de amor por parte de su pareja.

Si bien ellos no tenían balcón, lo que importaba era el gesto, siempre el gesto; ese pequeño gasto que solo hacemos por gusto.

El gasto es caminar unos pasos hasta el balcón, abrirlo si está cerrado, esperar que pase o baje la persona a ser saludada, sonreír —no se puede saludar desde el balcón sin expresar la alegría de hacerlo— y levantar la mano, al menos una que se mueva lentamente; aunque funciona mucho mejor cuando se extienden las dos manos y estas se mueven como las de un náufrago en una isla desierta cuando ve el barco o el avión.

El gesto, para quien es saludado, es un gesto de contención, de buen augurio, de compañía, de nada malo te va a pasar y de yo estaré aquí cuando vuelvas.

La expresión «¡Quiero que me saluden por el balcón!», dicha con cierto énfasis, no daba cuenta de algo que le gustaría que ocurriese, como tomar un helado o un café, sino de que efectivamente alguien, a quien él había ido a buscar, era saludado desde el balcón por su pareja y el que era saludado pudo así entender la importancia de ese gesto casi cotidiano.

Poco importan otros detalles o circunstancias, ya que, al fin y al cabo, ¿quién no quiere ser saludado por el balcón?

Los versos que no te di

Franco Ezequiel Silva

Dicen que en el cielo lucen las estrellas
Y jamás se duda si estas son heridas
Que de amor el corazón tiene huellas
Que el olvido barre todas en la orilla.

Tu veneno fue mi boca
Pegada a la tuya en otra vida
Hoy vuelo cual gaviota
Huye de la tormenta donde diga

Escribiré con las dudas que pesadamente
El atroz silencio de un adiós abriga
Y si tiempo y suerte ya no vuelven
Amiga mía, sea Dios el que decida.

¡Sacá la mano, Alicia!

Daiana Suita

En antropología, cuando se estudian los cambios entre generaciones, se suele asignar un nombre a cada una. Por ejemplo, les dicen 'Generación Silenciosa' a los que nacieron durante la Gran Depresión, 'Millennials' a los de fines del siglo XX y 'Generación Z' a los que vinieron después.

Precisamente, una generación me separaba de mi hermana, la que se entretenía con las interminables capacidades del celular, explotando al máximo su potencial.

Conocedora, aún más que yo, de todas las virtudes del dispositivo, no dejaba de gastarme bromas a través o a costas de él.

Fotos graciosas, *selfies* hechas con filtros bizarros… y un jueguito suyo, que consistía en atacarme cuando yo estaba ocupada revisando Facebook, *scrolleando* rápidamente con sus dedos mi pantalla táctil.

Lo voy a admitir, era graciosa, pero cuando se abusaba, resultaba cargosa. Para colmo, ese chistecito se le había pegado al novio. El sinvergüenza, que al principio se hacía el tímido, ahora le hacía chistes pesados a la cuñada.

Tendría que buscar una manera de vengarme.

Como en esa época todavía no teníamos instalación wi-fi en casa, una tarde caminamos hasta la biblioteca pública para bajar un audiolibro, bastante pesado, que la moza quería escuchar. Nos la pasamos riéndonos de los grafitis escritos a fibrón en la mesa, del *shitpost* en redes y del compañero de sala, que hacía cada tanto gestos graciosos. Al menos lo eran para nosotras, que nos reíamos de cosas simples.

Pero mientras el archivo se negaba a bajar, algo en el aire cambió. La risa quedó atrás y, sin darnos cuenta, el silencio se fue instalando entre nosotras.

La noche llegó, como de costumbre. Cenamos, charlamos y tomamos unos mates para llenar el tiempo en compañía de su mejor amiga, que hacía una breve visita, pero había algo distinto, una incomodidad que no lograba identificar.

Más tarde, cada miembro de la familia se acostó a descansar para la mañana que aún no llegaba, y el silencio de la casa en reposo me dejó despierta, como si estuviera esperando algo.

Después de perder el tiempo, me dispuse a trazar algunas líneas en el cuaderno. Me sentí rara, no podía dejar de mirar de reojo a la oscuridad de más allá del marco de la puerta, donde la luz de la luna era una intrusa que irrumpía a través del ventanal del patio.

Pensé que la culpable era mi hermana.

Que, por cierto, aparentemente se encontraba dormida, como para que no saliera corriendo a prenderla, cosa pocas veces vista.

Es que ya me había malacostumbrado a la luz del comedor: la amante del terror que, en secreto, se aseguraba de contar con algo de luz para dormir tranquila durante las noches, esa era ella.

En fin, luego de encender la radio, como para espantar tanto silencio incómodo, rodeada de oscuridad, me tomaron por sorpresa los dedos de mi hermana, que volvieron a hacer su aparición sobre la pantalla del celular.

—¡Sacá la mano, Alicia!

Grité mientras la buscaba rápidamente, haciendo de linterna con la pantalla de mi celular.

Ya lo entendía. Había montado toda la escena para poder aparecer en la habitación sin que yo me diera cuenta.

Pero la luz siguió su viaje hasta chocar con la pared del pasillo. Le había gritado a la nada. Entonces, recordé que Alicia se había ido a dormir a la casa de su amiga. Si más temprano habíamos estado tomando mates y todo.

Mis oídos se perturbaron por una incómoda opresión, y mi corazón comenzaba a agitarse. Esa noche, no pegué ojo hasta que el dorado de la mañana pintó las paredes de casa.

Franco Martín Zeballos

Es de madrugada, llueve. Él está en compañía de la languideciente luz que entra por la ventana, que tiñe de naranja una fracción de la habitación. Sentado en el sillón, piensa “No pasa nada, está todo bien”, mientras comprime la cara para no llorar y se ceba un mate. Qué equivocado que está. El día anterior estaban hablando como siempre, los “te quiero” y “cuídate” no faltaban. Pero hoy, todo es diferente. Su celular está en silencio, y su corazón, de luto. Porque así es el amor, un arma de doble filo, una alegría estrepitosa que de un momento a otro puede convertirse en una tristeza muy profunda. Cada hora, minuto y segundo eran la felicidad más sencilla y pura.

Por eso es difícil olvidar, porque no todos los días uno se cruza con alguien dispuesto a amar incondicionalmente.

Pero ningún mal es eterno, y ahí estarán, dispuestos a abrirse de nuevo, dispuestos a jugar todo en búsqueda de una compañía sincera.

HIKIKOMORI

Jorge Claudio de Zorzi Melo

De a poco dejé que las palabras que nacían en mi alma murieran todas juntas en mi ser, sin llegar a oídos sordos, sin tiempo de comprensión; también huí de las luces cegadoras de mi ciudad que adormecen el brillo nocturno de las estrellas, impidiendo que alguna de ellas sea el faro que ilumine mi destino esquivo. Los rumbos habituales que hacen de mi existencia una rutina, los aparté de forma esporádica, dejando como breve consuelo y sin despedida una desaparición de mi persona en lugares de habitualidad. Mi trabajo, mis estudios y mis amistades fueron perdiendo lugar en mi vida y en mis horas de vida, y así contemplé y entendí de a poco el concepto de Soledad.

Esas últimas horas previas a que las paredes de mi departamento sean quienes observen mi reclusión indefinida procuré aprovisionarme con soltura, y así, de un momento a otro, solo necesité girar la llave dos veces, pensando y entendiendo que esa cerrazón sería mi última conexión con el afuera.

Hoy mi tiempo ya no exige compromisos ni obligaciones y, en mi cárcel privada, sin presiones ni prejuicios, solo mi espejo hace de escucha a mis llantos y palabras. Solo yo daré libertad a mi condena y solo yo diré cuándo y cómo saldré de aquí.

LOST

Jorge Claudio de Zorzi Melo

Ayer estuve aquí, aunque mis pasos fueron borrados

nadie preguntó por mí, ni por todos los que me han acompañado,

el tiempo borró mis risas entre recuerdos atiborrados; los pocos

que me pensaron, de mí ya se han olvidado. Me dieron por muerto o por fugado,

que me fui en un vuelo que nunca ha aterrizado.

Comprendí que renací, que volví a respirar y a pesar de todo, a vivir.

Pero hubo otros que no lo lograron, y en esa soledad de pocos, entendí

que existía y que tenía a alguien a mi lado.

Muchos quisieron escapar, salir, volver a su realidad, pero lo único real éramos nosotros, y si alguien perdía sus pisadas, un monstruo lo devoraba. Nos cuidaba, los cuida, me cuida…

El tiempo nos recordó que ya no había reglas, ni códigos, ni moral, y que la soledad era lo poco que ya no debíamos compartir con el otro.

Ahora ya no hay tiempo; quiero, queremos volver a lo que dejamos atrás, no sabemos cómo hacerlo, pero ya no queremos más estar perdidos en esta isla.

Texto sin contexto[2]

Viajar a Italia
Cocinar tartas
A alguien también le importa
más que nada que River salga campeón

Criar perros
Voy a ser feliz
Nada, aunque pocas veces cocino muy bien
Escribir cadáveres exquisitos
Romper dietas
Subir a la terraza en primavera
Dejar de embarullarme con mis pensamientos
Ver cómo nacen las mariposas
Un chupetín con sabor a infancia
Esta mesa tiene cuatro patas

Leer literatura
Cocinar
Hablar con los muertos
Caminar por Oroño
Hablar idiomas con fluidez
Escuchar canciones que dicen lo que yo quiero decir pero no me sale
Los sueños forman el universo inalcanzable de las utopías

Viajar al Caribe
sacar a pasear a Murga
Tomar helado derretido
Orientarme espacialmente
Hasta el final de los tiempos vamos a seguir estigmatizando lo insignificante

Que me reciba un anfitrión sin tener que hacer ningún esfuerzo
Cantar en el baño si nadie me escucha
La filosofía francesa

[2] Texto resultado de una actividad de escritura en el contexto del Club de lectura y escritura del Olga (2024). Escriben Raquel Dalmasso, Renata Bacalini, Ricardo Scheffer y Carla Rivero.

Ver las veredas llenas de hojas en otoño
Escuchar al otro, sin tener buenas respuestas.
Levantarme temprano para ver el amanecer en la playa
Acompañar a tomar un buen vino y andar con un libro en la cartera
Hablar con mi hermana
Tengo que seguir viniendo

Meter la pata en las ocasiones menos pensadas
Mirar series sobre asesinos seriales
La palabra sincera, el abrazo y andar caminando sin rumbo
que tu vida mejores
Estás dispuesta a leer un libro
Leer a Cortázar
Poder leer Beckett
La primavera puede durar hasta que vuelvas.

Dar clases
Elegir vinos buenos y baratos
Besar
Organizar mi vida, lástima que no lo cumpla
Esta tarde tomaremos el té

Medir espacios
La paz y la rebelión como comunión al cambio radical de la desigualdad.
Lloverá este fin de semana
Este celular tiene carga
Resolver problemas (de otros, por supuesto)
La realidad supera a la ficción o viceversa
El ser humano puede vivir omitiendo la crueldad y las injusticias.